25 Aniversario de la Facultad de Psicología de la UAM
Acto Académico: 19 de Mayo de 2008

Haciendo historia entre los vericuetos de mi memoria

JOSÉ MARÍA RUIZ VARGAS

Somos memoria. Sí, somos memoria y, por ello, contadores de historias. Esencialmente, los seres humanos somos contadores de historias, historias acerca de nuestras experiencias, acerca de nuestro pasado individual y colectivo. Nos pasamos la vida entera contándonos unos a otros historias de lo que nos sucede. Esa es la base de las relaciones humanas: contar a otros nuestras experiencias para compartir vivencias y emociones, y para construir la imagen social de nuestro yo. Los niños empiezan a hablar sobre el pasado, es decir, empiezan a compartir con otros sus experiencias, casi tan pronto como comienzan a hablar, y no dejarán de hacerlo como adolescentes ni como adultos ni un solo día de toda su vida.

Cada persona es autora de la historia de su propia vida, una historia que va escribiendo lentamente, día a día, a medida que construye y comparte su pasado. Porque al contar nuestras experiencias (a nosotros mismos y a los demás) estamos, en realidad, construyendo y reconstruyendo simultáneamente nuestros *yoes*. A través de las "historias" que nos contamos unos a otros diariamente, se va configurando la imagen que cada cual tiene de sí mismo, se va construyendo nuestro yo, y se acaba creando el propio autoconcepto, la propia identidad, es decir, quiénes somos, cómo somos, de dónde venimos, a qué grupo pertenecemos y a dónde nos dirigimos.

Sí, los seres humanos somos contadores de historias natos y, precisamente por eso, somos las historias que contamos, y ello es así porque, al compartir con otros lo que nos sucede, desarrollamos, mantenemos y reforzamos los vínculos sociales con los otros, con el grupo, con la sociedad. Todo lo cual nos permite afirmar que, en el fondo, todos somos historiadores personales.

Y, por esa razón, me van ustedes a permitir que les cuente una historia. Una historia de esta Facultad de Psicología de la UAM o, más propiamente, "mi historia" de esta Facultad. Comparto con Le Goff la idea de que la memoria es "la materia prima de la historia" y, por eso, yo recurriré a mis recuerdos. Pero, es que, además, parto del convencimiento de que sólo desde nuestras memorias podremos construir la "historia humana" –permítanme dicha expresión– de nuestra facultad; es decir, el drama de sus protagonistas, la "biografía" de sus personajes. "La historia –ha escrito recientemente Castilla del Pino– la hacen los historiadores y queda. Pero el drama o lo cuenta el personaje del mismo o desaparece".

Mi vida académica tiene la misma edad que la Universidad Autónoma de Madrid: 40 años. Soy de la primera promoción de licenciados de esta universidad y, aunque mi memoria no pueda recuperar todo lo vivido, la experiencia vital acumulada en esta institución no dejará nunca de ejercer su influjo sobre mi conducta y sobre mi actitud acerca de esta casa y sobre la vida en general.

Reconstruir la historia de 40 años vividos, primero como estudiante y a continuación como profesor, sería una empresa, además de imposible, probablemente aburrida. Por eso, dejaré que mi memoria actúe como actúa la memoria humana, esto es, seleccionando lo que considera más significativo.

Si bien este año estamos celebrando el 25 aniversario de la creación de esta Facultad de Psicología, dicha creación, como la mayor parte de las cosas importantes en la vida, no surgió entonces *ex novo* (era el año 1983), sino que fue la culminación de un proceso de búsqueda de

una identidad institucional y epistémica que había comenzado bastantes años antes. Prácticamente, comenzó el primer año en que echó a andar esta universidad. Recuerdo perfectamente –y estoy seguro de que mis compañeros de promoción aquí presentes también lo recordarán– que nuestro primer curso (entonces llamado de "comunes" en la Facultad de Filosofía y Letras, ubicada en la calle Alfonso XII, esquina al Retiro) nos lo pasamos reivindicando la creación de la especialidad de Psicología, porque, si bien dicha especialidad había aparecido incluida en el catálogo de especialidades de Filosofía desde el primer anuncio de la puesta en marcha de la nueva Universidad Autónoma de Madrid, siendo estudiantes de primero pudimos comprobar que las garantías de que al año siguiente se impartirían las enseñanzas de Psicología eran realmente muy escasas. Las razones eran muy básicas y difícilmente confesables. Tanto, que hoy ruborizarían a más de uno; porque, el problema fundamental para poner en marcha los estudios de Psicología era la falta absoluta de un profesorado competente. Nosotros no dejábamos de responder afirmativamente a las múltiples encuestas que nos pasaban para comprobar si, en efecto, había gente interesada en estudiar Psicología, pero los responsables académicos se las veían y se las deseaban para encontrar al profesorado adecuado que impartiese el currículo de Psicología siquiera al año siguiente. Pero, al año siguiente, el curso 1969/70, nosotros empezamos a estudiar la especialidad de Psicología.

Aquel segundo curso recuerdo que ocurrieron algunas cosas que resultaron de especial trascendencia. La primera, que D. Manuel Úbeda Purkiss, más conocido como el Padre Úbeda, un dominico gran conocedor de la neurofisiología de entonces, que se había formado en Chicago en el Laboratorio de Neurofisiología de Magoun y Moruzzi, aceptó dirigir la especialidad de Psicología. El P. Úbeda se rodeó aquellos primeros años de un grupo de profesores jóvenes muy ilusionados que, a pesar de la precariedad absoluta de medios, nos transmitieron su ilusión y su confianza en que la Psicología llegaría a hacerse un hueco con todo derecho tanto en la propia universidad como en la sociedad española. Allí estuvieron desde el principio impartiendo aquella docencia tan novedosa como provisional personas inolvidables como los profesores Julián Mesa ("Psicología I"), Juan Del Val ("Psicología genética de la inteligencia"), Santiago González Noriega (ya fallecido; "Introducción al Psicoanálisis"), entre otros. El P. Úbeda dirigió el Departamento de Psicología durante tres años más y continuó como Profesor hasta que su delicada salud se lo permitió. Su fallecimiento, no obstante, no se produjo hasta bastantes años después. Personalmente, siempre lo recordaré como mi mejor profesor. He sentido por él siempre un gran respeto y un cariño muy especial.

De aquel año guardo otro recuerdo especialmente vívido, el día en que nos presentaron oficialmente a los alumnos a la Dra. Jesusa Pertejo. Recuerdo que, una tarde de primavera de 1970, y, en nuestra propia aula, el P. Úbeda nos presentó a la Dra. Pertejo: una mujer joven, guapa, de pelo rubio recogido en un discreto moño y elegantemente vestida de riguroso luto entró acompañada de varios profesores, y fue invitada a tomar asiento en uno de los sillones del estrado. El P. Úbeda esbozó una breve semblanza científica de aquella mujer, destacando sus estudios en la Universidad de Ginebra y sus rigurosos trabajos en el campo de la psicomotricidad. Aquella misma tarde también supimos que la Dra. Pertejo había enviudado recientemente y era madre de siete hijos. La dramática circunstancia en la que aquella mujer aceptaba pasar a formar parte del profesorado de Psicología de la UAM, con el consiguiente cambio de residencia familiar de Valencia a Madrid, recuerdo que tuvo un considerable impacto emocional en la mayoría de nosotros y generó, desde el principio, entre el alumnado, un especial cariño hacia ella. Con los años, la Profesora Pertejo se haría cargo de la Dirección del Departamento de Psicología y, hasta su jubilación en 1986, trabajó con absoluta entrega como profesora y luchó durante muchos años como Directora para que Psicología de la UAM

ocupase el lugar que se merecía. La Profesora Jesusa Pertejo falleció en Julio de 2007. Personalmente, creo que es una de las personas con las que esta Facultad tiene pendiente una deuda mayor. Valgan estas palabras sencillamente para rememorar su figura y, si fuese posible, para hacer público nuestro compromiso de resarcir en un futuro próximo dicha deuda.

La provisionalidad en la que nos movíamos aquellos años iniciales era de tal calibre que los alumnos nos acercábamos cada septiembre a formalizar la matrícula para el siguiente curso con un desconocimiento total y absoluto acerca de qué asignaturas íbamos a cursar. Mas, no cabe duda, de que los responsables de ir tejiendo –como diríamos hoy– “on line” nuestro improvisado curriculo, trabajaron con rigor y con tino, porque nuestro Tercer año (estamos en el curso 1970/71) supuso cursar asignaturas con un gran peso específico en la formación de cualquier psicólogo. Por ejemplo, “Psicología Fisiológica”, a cargo del P. Úbeda; “Psicodiagnóstico”, a cargo de la Dra. Pertejo; “Psicología Experimental”, con Julián Mesa; “Psicología del Niño y del Adolescente”, con Juan del Val y Pilar Soto; o “Psicología Social”, con Alejandra Ferrándiz (fallecida hace pocos años en la plenitud de su vida). Aquel tercer curso llevó incluida otra novedad: toda la enseñanza de la Psicología fue trasladada a la entonces recién inaugurada Facultad de Medicina de la UAM. Desde la perspectiva actual, aquel primer traslado estaba marcando, de hecho, el inicio de otra de las señas de identidad de Psicología: su carácter errante. Porque desde aquel curso de 1970 hasta el definitivo traslado a este edificio en Octubre de 1989, la sede de Psicología estuvo yendo de un rincón a otro de los sucesivos campus de la Autónoma. Como si de un reflejo de su falta de definición epistemológica se tratara, Psicología necesitó muchos años para definir y conseguir un lugar propio en esta universidad.

En Octubre de 1971, se inauguró este campus de Cantoblanco. La primera promoción andábamos ya por nuestro cuarto curso y a Psicología le fue asignado uno de los módulos de la facultad de Fª y Letras. Sin embargo, aquel nuevo asentamiento sólo duró lo que dura un curso escolar. Al año siguiente, nos trasladamos a la Facultad de Ciencias, ni más ni menos. De Ciencias, donde si no recuerdo mal permaneció dos cursos, Psicología se trasladaría a Económicas, donde se mantuvo hasta el traslado definitivo a su propio edificio, el actual; aunque antes las autoridades consideraron oportuno ampliar el habitat de los psicólogos, y, en un gesto de generosidad sin límites, nos concedieron un extraño y atípico edificio, construido en los más desolados confines de este campus, y que siempre será recordado por el significativo nombre de “Galeras”. En aquel bloque chato y feo de dos plantas, se impartió durante bastantes años la docencia de 1º y 2º de Psicología. Allí, además, tuvieron su primera sede la Biblioteca y los primeros laboratorios (Psicobiología y Psicología experimental). Aunque la incorporación de aquel edificio supuso para muchos profesores un auténtico quebradero de cabeza y una fuente ineludible de estrés, por la sencilla razón de que algunos días te veías en la tesitura imposible de terminar una clase en la sede de Económicas y al minuto siguiente tener que estar empezando una clase en “Galeras” o viceversa (una proeza necesariamente ligada al don de la ubicuidad); a pesar de ello, decía, yo personalmente guardo un recuerdo muy cálido y muy cariñoso de nuestras particulares “galeras”.

Mientras tanto, y entre ese ir y venir de un lado a otro, Psicología fue haciéndose mayor y, lo que empezó siendo un Departamento de la Facultad de Filosofía, dio un gran paso adelante y alcanzó el estatus de Sección, lo que implicaba un grado considerablemente mayor de autonomía respecto a su facultad matriz. Siendo ya una Sección de Filosofía, en Psicología se fueron creando departamentos, se renovó el plan de estudios y se empezó el proceso imparable de reivindicación de la independencia total y la consecución del estatus de facultad. Como en todo proceso de crecimiento, la sensación de independencia y de mayor autonomía fue siempre por delante de los hechos, y ese convencimiento acabaría jugando un papel

crucial en la consecución del objetivo marcado de separar administrativamente la Psicología de la Filosofía y de justificar epistemológicamente el estatus científico de nuestra disciplina.

La primera promoción de la Autónoma acabamos nuestra licenciatura en 1973, y yo firmé mi primer contrato como docente de esta universidad el 1 de Octubre de 1974. Con ello quiero decir que he sido testigo de toda la evolución y progreso, no sólo de la UAM, sino de nuestra Facultad de Psicología. Visto con la perspectiva que dan los años, podría parecer que el proceso de creación de la Facultad de Psicología se produjo de un año para otro y sin más problema que la reorganización administrativa que una institución de esa naturaleza requiere. Nada más lejos de la realidad, porque la creación oficial de una facultad de Psicología en aquel contexto académico y político, en el que la Psicología no sólo era una perfecta desconocida sino que, y esto era mucho peor, eso de la psicología se consideraba que no valía para nada y, además, para eso ya estaba la Filosofía, tal empresa resultó en principio bastante utópica. Sin embargo, ni el profesorado ni los alumnos de Psicología dudamos en ningún momento de que aquél era un objetivo legítimo y necesario. A tal convencimiento se unió la ilusión con la que los profesores trabajábamos en cualquiera de los múltiples asuntos que aquella aventura requería. Explicábamos nuestras asignaturas con verdadera pasión, organizábamos seminarios entre los propios profesores para ir refinando y definiendo cada vez con mayor rigor y actualidad los contenidos de las asignaturas que entendíamos debían configurar el mejor currículo de los estudios de psicología; vivíamos casi en un continuo debate epistemológico sobre los fundamentos de la ciencia de la Psicología; organizábamos congresos de carácter nacional e internacional sobre los nuevos enfoques que iban definiendo los derroteros de nuestra disciplina en los países más adelantados; teníamos grupos permanentes de discusión teórica, etcétera, etcétera. Se me agolpan los recuerdos sobre aquellos años, sobre aquel período constituyente, y todos se me aparecen envueltos en una ilusión y un entusiasmo arrolladores. Fueron, aquéllos, unos años verdaderamente apasionantes y decisivos para todo lo que vino después.

Todos, en mayor o en menor medida, fuimos protagonistas imprescindibles de aquella aventura académica, pero creo que no haría justicia a nuestra historia si no mencionase explícitamente el trabajo de algunos compañeros por considerar que resultó trascendental. Por muchas razones, entre las que no disimulo las personales, quiero destacar, en primer lugar, la influencia del Profesor José Luis Fernández Trespalacios. El Prof. Trespalacios llegó a nuestra universidad, como Catedrático de Psicología, el curso 1975/76, y se hizo cargo de la asignatura “Psicología General”, que se impartía en primer curso (posteriormente, esta materia se desdoblaría en dos asignaturas, Psicología General I y II, impartidas en 1º y 2º cursos, respectivamente).

A veces se ha pensado, y todavía hay gente que opina así, que donde más difícil resulta ejercer alguna influencia, ya sea sobre los alumnos ya sobre la propia marcha de la Psicología, en general, es a través de la docencia en primer curso. Desde ese nivel tan aparentemente insignificante, parece difícil que el trabajo docente trascienda más allá de tu propia aula. Sin embargo, abundan las historias que demuestran que tal cosa no es así. Veamos.

Al año siguiente de su llegada, el curso 1976/77, el Prof. Trespalacios tomó una decisión que resultaría trascendental: eligió como libro de texto obligatorio para la asignatura “Psicología General”, una obra que acababa de ser traducida al español y que suponía una novedad absoluta respecto a los manuales de Psicología General existentes. Se trataba de la obra de Lindsay y Norman *Procesamiento de información humana*, que había sido publicada originalmente en 1972 bajo el título *Human information processing* y que estaba teniendo un impacto sin precedentes en la psicología anglosajona. Aquí fue publicada en 3 volúmenes, entre 1975 y 1976, por la editorial Tecnos, y la traducción había corrido a cargo del Prof. Julio Seoane y Carmen García Trevijano. No quisiera extenderme en detalles que pudieran

resultar irrelevantes, pero sí quiero subrayar que la elección de aquel texto significó, en mi opinión, un hito a destacar en nuestra particular historia, porque supuso el primer paso para la introducción en nuestra universidad y en nuestro país del nuevo y revolucionario paradigma de la "Psicología cognitiva del procesamiento de la información". Desde aquel año, con aquél y con otros textos similares, prácticamente todas las promociones de Psicología de la UAM han iniciado su formación psicológica estudiando los fundamentos de la psicología desde la perspectiva del moderno cognitivismo. Para los profesores que compartíamos entonces la docencia de la Psicología General con el Prof. Trespalacios, trabajar aquel texto y enseñarlo a nuestros estudiantes supuso empezar a conocer los presupuestos epistemológicos de la "nueva psicología", una aventura científica que influyó inmediatamente en la carrera académica en ciernes de muchos de nosotros y que, en mi caso particular, determinó y configuró mi compromiso científico hasta el momento presente con la psicología cognitiva (precisamente, al año siguiente inicié la recogida de datos para mi Tesis Doctoral, "Memoria icónica y esquizofrenia: Fases iniciales de procesamiento y déficit cognitivo", bajo la dirección del Prof. Trespalacios, que presenté y defendí en 1979).

El Prof. Trespalacios se trasladó, pocos años después (1980), a la UNED, pero sus enseñanzas y su concepción de la Psicología dejaron una huella imborrable y decisiva en nuestra forma de contemplar y abordar los problemas psicológicos. José Luis Fernández Trespalacios ha fallecido este Enero pasado, siendo catedrático y profesor emérito de la UNED. Sirvan estas palabras de reconocimiento sincero a su labor y de tributo sentido a su persona.

El hueco dejado por la marcha del Prof. Trespalacios a la UNED sería paliado de inmediato por la llegada a nuestro Departamento de otra persona muy especial. En Octubre de 1980, se incorpora al Departamento de Psicología General, como catedrático de Psicología, el Profesor Isidoro Delclaux Oraá. El Profesor Delclaux había estudiado Psicología en la Universidad de Reading (Reino Unido) y transmitió desde el primer día una visión muy actualizada sobre cómo entender y enseñar la Psicología, perspectiva que encajó de inmediato con nuestras ideas y actitudes absolutamente positivas hacia el nuevo movimiento de la Psicología Cognitiva. Delclaux era un hombre muy dinámico, extraordinariamente pragmático, divertido y de un vitalismo desbordante. Inmediatamente, formó un grupo de trabajo en el que primaban la eficacia, las ideas y el compañerismo. A los pocos meses de su llegada, empezamos con los preparativos de una "reunión científica" que marcaría un hito en la historia de la psicología española. En efecto, bajo el título genérico de "La Psicología bajo el punto de vista del procesamiento de la información", durante los días 29 y 30 de Mayo de 1981, se celebró en la UAM una reunión científica en la que un número considerable de profesores e investigadores españoles presentaron y debatieron acerca de los fundamentos teóricos del nuevo paradigma cognitivo del procesamiento de la información, la investigación de los procesos cognitivos básicos y las posibles aplicaciones del nuevo enfoque teórico. Los trabajos allí presentados aparecieron publicados en 1982, en una obra compilada por Isidoro Delclaux y Julio Seoane, titulada *Psicología Cognitiva y Procesamiento de la Información* (Madrid, Editorial Pirámide). Los historiadores de la psicología española conocen bien el alto impacto de esta obra en toda la psicología de habla hispana. Mas el Prof. Delclaux no limitó su trabajo a cuestiones teóricas, sino que se implicó muy activamente en la renovación de los planes de estudio, en la selección de un profesorado de calidad y en la puesta en marcha de ambiciosos proyectos de investigación.

Pero el destino quebró por completo las ilusiones y los proyectos de aquel compañero y amigo, y los de todo su grupo de trabajo, cuando la mañana del 19 de Febrero de 1985, el avión de Iberia que lo trasladaba de Madrid a Bilbao, su ciudad natal, se estrelló contra el monte Oiz mientras realizaba maniobras de aproximación. No hubo supervivientes en aquella

catástrofe aérea. Isidoro Delclaux sólo tenía 42 años. Nunca desaparecerá su inefable figura de mi memoria ni de la de esta Facultad, que generosamente instituyó hace años un premio a la excelencia investigadora que lleva su nombre.

Mas la vida seguía, y entre duelo y reparación, entre alegrías y frustraciones, el trabajo constante y persistente en pos de la consecución de una Facultad independiente no había parado ni un momento. De hecho, la tragedia aérea que acabó con la vida del Prof. Delclaux se produjo casi dos años después de que la Facultad de Psicología de la UAM fuese una realidad. A finales de la década de los 70, la Sección de Psicología había alcanzado, de hecho, un estatus administrativo muy cercano al de una Facultad: contaba cada vez con más catedráticos, que propiciaron la creación de Departamentos. Inicialmente fueron 3, dirigidos por el Prof. Pedro Ridruejo –fallecido recientemente–, el Prof. Miguel Cruz Hernández y la Profa. Romano (ya fallecida también). Pocos años después, los 3 departamentos se ampliaron a 5, para quedar finalmente convertidos en los 4 actuales tras el decreto sobre "las áreas de conocimiento". Además, nuestra Sección había renovado y actualizado su Plan de estudios, y disponía de la figura de un "Coordinador" para su representación en la Junta de Facultad (Filosofía y Letras). Sólo faltaba la aprobación en Consejo de Ministros de la creación oficial de las facultades de Psicología (si exceptuamos el caso de la Complutense de Madrid, que venía funcionando como facultad desde fínales de los 70). La aprobación se produjo en Septiembre de 1983 con la creación de 4 nuevas facultades de Psicología: la de la Universidad de Barcelona, la de Valencia, la de la UNED y la de la Autónoma de Madrid (representadas en este Acto por sus actuales Decanos).

El nacimiento de nuestra Facultad exigió de inmediato la elección de su equipo de gobierno. Nuestra querida compañera y amiga Rocío Fernández-Ballesteros tuvo el honor de gobernar nuestros destinos en aquellos momentos tan excitantes y esperanzadores. Rocío llevaba varios años como Coordinadora de la Sección de Psicología y, más o menos, un año antes de la creación de la Facultad, el entonces Decano de Filosofía, el Prof. Carlos Tibaut, precisamente para facilitar dicho proceso, creó la figura de "Vicedecano para Psicología", que recayó en la propia Rocío. Corría el año 1982, y las conversaciones, las consultas y las gestiones del entonces Rector de la UAM, Julio González Campos (también recientemente fallecido), y del entonces Decano de Filosofía, el Prof. Tibaut, se sucedían a diario en su búsqueda de argumentos a favor de la creación de una facultad de Psicología en nuestra universidad.

En contra de lo que pueda parecer, y esto es historia que debe ser conocida, en el propio seno de Psicología surgieron voces discordantes con aquel proyecto, profesores que se oponían y que hicieron todo lo que estuvo en sus manos para que nuestra Sección de Psicología no se convirtiera en Facultad. Pero la posición favorable de la inmensa mayoría de nosotros y la eficaz gestión de nuestra "Vicedecana para Psicología", más la voluntad decidida del Rector González Campos y del Decano Carlos Tibaut, hicieron posible la culminación del proyecto.

En el otoño de 1983, e inmediatamente después de la constitución de nuestra Facultad, la Profesora Fernández-Ballesteros fue elegida Decana de Psicología. Pero, permitidme que, antes de referirme al primer equipo de gobierno de nuestra facultad, haga una brevísima, pero absolutamente justa, referencia a nuestra primera decana.

Porque la profesora Fernández-Ballesteros es otra de esas personas que merecen una especial mención en ésta mi particular historia. Guardo recuerdos muy claros y nítidos de los comienzos de su labor docente en la UAM. Estaba yo en 5º curso (1972/73) cuando una colaboradora, no sé de quién, ofertó un Seminario sobre el test de Rorschach. Mis amigos y yo nos enrolamos en aquel curso y allí nos encontramos con una mujer joven y elegantísima, que explicaba aquel test de las manchas de tinta con gran conocimiento y dominio. Desde

entonces, he admirado su trabajo, un trabajo serio, riguroso e inabarcable sobre el psicodiagnóstico, la evaluación conductual, el envejecimiento saludable, etc. He tenido y tengo la suerte de haber colaborado con ella en diferentes proyectos, y he vivido siempre con verdadero regocijo sus frecuentes y siempre merecidos reconocimientos nacionales e internacionales a su labor en el campo de la Psicología. La profesora Fernández-Ballesteros es, sin duda, uno de nuestros más valiosos activos tanto a nivel de la psicología española como de la psicología mundial. Y no quiero perder esta oportunidad para expresarle públicamente mi reconocimiento y el orgullo legítimo de ser su compañero en esta casa.

¿Y cuál fue el primer equipo decanal? El trabajo intenso de nuestra primera Decana se vio facilitado por el entusiasmo y el buen hacer de sus colaboradores. En concreto, aquel primer equipo decanal lo constituyeron, como Vicedecano de Profesorado, *Francisco Rodríguez Sanabra* (fallecido –vaya para él nuestro mejor recuerdo); Vicedecano de Investigación, *José Miguel Fernández Dols*; Vicedecana de Ordenación Académica, *Esperanza Ochaíta*, y *José Gutiérrez Terrazas* como Secretario. Rocío repitió mandato y el nuevo equipo estuvo formado por: *José Luis Zaccagnini* (Profesorado); *José María Naranjo* (Ordenación académica); *José Gutiérrez Terrazas*, que continuó como Secretario, y, en Investigación, nuestro querido y añorado *Ángel Rivière*, fallecido en 2000, antes de cumplir los 51 años, y a cuya memoria la Facultad ha dedicado el nuevo Salón de Grados.

El camino estaba trazado y nosotros empezamos a recorrerlo. Quince años después de la creación de la Universidad Autónoma de Madrid, había nacido la Facultad de Psicología. Desde entonces, como ha señalado el Decano, nuestra Facultad ha contribuido con seriedad, rigor y fundamento científico al crecimiento y al prestigio de la UAM y de la Psicología de nuestro país. Mas éste es un asunto sobre el que otros (sobre todo, nuestros exdecanos) hablarán a continuación con más datos y argumentos que yo. Nuestra historia, desde entonces, continuó su camino librando las batallas en las que los grupos humanos convertimos los lances propios de la convivencia diaria. Lo cual no significa que haya sido una historia inconfesable. Ni mucho menos. Los primeros 25 años de nuestra Facultad han estado constituidos por la misma materia prima con la que se construye cualquier historia humana: intereses y motivaciones, emociones y sentimientos, agravios y desagravios, risas, lágrimas y desafectos y, sobre todo, mucho entusiasmo, mucho trabajo y una plena dedicación a nuestros estudiantes.

Sabemos que la memoria nunca cuenta todo lo que sabe, como también sabemos que los años la suavizan a la hora de evocar el pasado más remoto. Es un hecho empíricamente constatado que las emociones desagradables se desvanecen más rápidamente en nuestra memoria que las agradables. Y ello nos ayuda a explicar por qué, a medida que nos acercamos a ese período de la vida calificado oficialmente como "vejez", se produce en nuestras evocaciones un claro efecto de positividad acerca de lo vivido. Y es que nuestra memoria está irremediablemente sesgada hacia la felicidad.

La mía, también. A pesar de lo cual, estoy seguro de una cosa: aún aceptando la ineludible querencia de mi memoria por lo agradable de nuestra historia común, el largo período recorrido como grupo entre los muros de esta institución ha tenido que ser necesariamente tan excitante y tan enriquecedor como yo lo recuerdo, por la sencilla razón de que, a día de hoy, sigo viviendo como el mayor de los privilegios poder trabajar y enseñar en nuestra Facultad de Psicología.

Muchas gracias.